

# BIBLIOGRAFIA

A. TOVAR. *El Euskera y sus parientes*. Madrid, Ediciones Minotauro, 1959.

Ediciones Minotauro ha tenido la idea feliz de publicar como 2.<sup>o</sup> volumen de su Biblioteca Vasca esta colección de trabajos diversos del prof. Tovar, en su mayor parte publicados ya, algunos en este BOLETIN. El libro tiene el siguiente sumario: 1. El problema de los parentescos del vascuence. 2. Difusión de la palabra vasca **ezker** "izquierdo" y de su significado. 3. Un ejemplo de etimología vasco-caucásica (vasc. **guraso**, georg. **gvari** "familia", de vasc. **gure**, georg. **gv-** "nos"). 4. El parentesco vasco-ibérico. 5. El vascuence, lengua europea (sobre i.-e. **-ko-**, vasc. **-ko**). 6. La etimología europea de **gaur** "hoy". 7. Sobre la primitiva extensión del vasco. 8. Una antigua inscripción vasca con el nombre de Dios. 9. Los nombres de hermano y hermana en vasco. 10. El problema de las etimologías en el vascuence. 11. "De bruces". 12. La etimología vasca de **abarca**. 13. **Erdera** — media lengua. 14. **Gárgoris** y **gari, garagar**. 15. El vizcaíno entre los dialectos vascos.

Una reunión de muestras de la asombrosa actividad, varia pero no dispersa, del prof. Tovar tiene siempre el mayor interés: añádase a esto que, aun en la parte ya publicada de este volumen, el autor, para quien el saber no es algo acabado y definitivo, ha tenido siempre el cuidado de refundir, modificar y completar el texto para incluir en él los resultados de la investigación más reciente. Véanse, para citar un solo ejemplo, las valiosas adiciones del cap. 4 en relación con el artículo aparecido en **Archivum** de Oviedo. Se pensaría, sin embargo, que el libro, simple reunión de trabajos sueltos unidos por los débiles lazos de un mismo objeto general, no dejará de parecer inconexo y mal trabado al lector no especialista. Por eso mismo, no deja de causar sorpresa el constatar que, lejos de eso, el libro muestra una notable unidad, que parecería mayor todavía si no conociéramos las circunstancias de su nacimiento. El firme lazo de unión lo constituyen sin duda las ideas del autor acerca de la evolución de las lenguas y de su mutua relación. De éstas, expuestas con vigor y claridad en el primer capítulo, se deducen rigurosamente las aplicaciones a problemas como el de las relaciones entre vasco e indoeuropeo, vasco e ibérico y el del parentesco lingüístico vasco-caucásico: subraya en todo momento la importancia de los emparentamientos por vecindad frente al parentesco "genealógico" y de las limitaciones del método comparativo en nuestro Occidente donde tantos son los **missing links** de los que ni siquiera conocemos el nombre.

De ellas se sigue también la certera visión del vascuence como lengua europea, es decir, como lengua no aislada, sino en íntima relación e intercambio con las lenguas antiguas y modernas habladas en ámbitos

vecinos. Las cuestiones etimológicas concretas aquí consideradas no son, en cierto modo, más que ilustraciones de este hecho general. "El lector, de todas maneras —se dice en el prólogo—, se dará cuenta de que el tema está inmaduro para hacer resúmenes brillantes, y sólo en breves trabajos sobre puntos concretos logramos visiones más o menos precisas sobre la relación entre el vasco y el ibérico, sobre las posibles conexiones del vascuence con remotas lenguas eurasiáticas, sobre el vasco en el mundo preindoeuropeo occidental, sobre la vieja religión europea que tuvo en la región vasca uno de sus últimos reductos, sobre alguna coincidencia profunda entre el vasco y el caucásico, sobre la íntima y secular convivencia del vasco con el español y con el gascón. En muchos puntos de éstos se trata sólo de ojeadas muy pormenorizadas, de visiones instantáneas, sobre campos que esperan un trabajo detenido y largo."

El lector más amigo de la exactitud que de la brillantez agradecerá al autor que, con una certera visión de las posibilidades reales del momento, se haya contentado con profundizar en detalles en vez de lanzarse a especulaciones más sugestivas, pero también menos fundadas. Y todos deberán reconocer que ha sabido realizar la difícil tarea de conseguir que el libro, sin perder nada de su interés para el especialista, resulte al mismo tiempo accesible e interesante para un público mucho más amplio.

Sería largo citar todos los puntos de interés que aquí se tocan aparte de los que ya están inequívocamente aludidos en el sumario copiado. No entraré ahora en la crítica de algún punto básico de las teorías de Tovar, en especial el de la facilidad del préstamo morfológico en ciertas etapas culturales. Creo que de un resumen de fenómenos de esta clase con ciertas garantías de comprobación, como el de U. Weinreich, **Languages in Contact**, 29 ss., se evidencia que no es muy grande el número de casos seguros, si se define estrictamente lo "morfológico". Hay que señalar, sin embargo, que el prof. Tovar, en su afán de exactitud, ha renunciado al empleo de la palabra "promiscuidad" precisamente porque, tratándose de una metáfora, podría dar pie a interpretaciones laxas (p. 22).

Vayan para terminar unas observaciones de detalle. Con respecto a **euskera** y **erdera**, tengo la impresión de que (**h**)**euskara** y **erdara**, cuya mayor difusión antigua puede probarse, son anteriores a las variantes en **-era**. El sufijo, precisamente por su valor adverbial, sería pues antes **-(k)ara**, de **jakiara** "a sabiendas", etc., del que habla por ejemplo Oihenart, **Notitia utriusque Vasconiae**, 1638, p. 50: "**sayets-cara** versus **latus & omissa littera C, Aizin-ara** versus **anteriorem partem, guibel-ara** versus **posteriorem partem**". El diccionario manuscrito a que se refiere Humboldt es el de Silvain Pouvreau, que dice: **Erdara**, langue du país **franciaco erdara**." En esta definición S. Pouvreau quiere decir, a mi entender, "lengua común, general", sin la menor preocupación etimológica, pues para él no existe **erri**, sino **herri**, que traduce por "païs, paroisse".

Me parece demasiado categórico lo que se dice "sobre la extinción del vasco ya en tiempos a sólo unos 15 kilómetros de Bilbao", a propósito de **Gueñes** (p. 92). No tengo datos sobre el término de Gueñes, pero una buena parte de la toponimia del vecino valle de Gordejuela (ant.

**Gordojuela**) es ciertamente vasca. Está claro, de todos modos, que tanto **Güeñes** (que podría perfectamente venir de un más antiguo \***gonni**-) como **Gordejuela** muestran diptongación romance, por lo que no debían hallarse lejos del límite lingüístico medieval. Tampoco puede excluirse que en casos como éste los lugares de máxima extensión durante la Edad Media no señalen un avance del vascuence con relación a la situación inmediatamente anterior a la romanización.

En el último capítulo se aborda una importante cuestión dialectológica: ¿es el vizcaíno, el dialecto más occidental, un simple dialecto como los otros o bien una variedad muy divergente que sólo largos siglos de convivencia han acercado al tipo oriental? Tovar, creo que con plena razón, se decide por la primera alternativa. Desde el punto de vista fonético, el vizcaíno se aparta menos de los dialectos centales que el roncalés y el suletino en el extremo opuesto. Morfológicamente, y es en la morfología donde el vizcaíno muestra una personalidad más acusada, nada hay tampoco que no pueda explicarse dentro de la hipótesis de un origen común. Todos los hechos diferenciales consisten en arcaísmos conservados, en innovaciones aceptadas o en elección allí donde la antigua lengua vacilaba, según la clasificación de Rodríguez Adrados.

A esto puede añadirse que los tratadistas se han empeñado en trazar estos últimos años, con regla y cartabón, un supervizcaíno, tan apartado como sea posible del vasco común. Sirva de ejemplo de lo que digo el vizc. **gintzan** "éramos", que el autor toma de fuentes en general bien autorizadas en la p. 161. Según Azkue, **Morfología vasca**, página 642, se usa **gintzezan** en Amorebieta, **gintzezen** en Villarreal de Alava, **gintzan** en Oñate y **gintzen** en Begoña, y añade: "Es muy creíble que hace como cuatro o cinco siglos no se diría en B. ninguno de esos **giñan**, **giñen**, **giñian**... etc.". Ahora bien, es evidente que no tenemos ningún medio para oír lo que decían los vizcaínos de hace cuatro o cinco siglos o los castellanos de la época de Alfonso el Sabio, pero que tenemos algunos para **saber** lo que decían: los textos escritos. Y los textos antiguos nos ofrecen siempre, en cuanto sé, formas como **ginean** y nunca variantes del tipo **gintza(z)a(n)** que, como salta a la vista, son el resultado de la acción analógica, reciente a juzgar por los testimonios históricos, de **nintzan** "yo era", etc.

Ha debido haber un descuido al citar (p. 167) como roncalesa la voz **abonau** "tipo raro, curioso". Azkue lo da como vizcaíno marquinés, ya anticuado, con la definición "raro, estrambótico". Fr. Bartolomé de Santa Teresa, que era de Marquina, emplea el participio **abonado** y el nombre **abonu** con valores parecidos a los de **palagadu** "halagado, adulado" y **palagu** "halago".

L. M.

JOSE J. BAUTISTA MERINO URRUTIA. *Apuntes para la historia de Guecho*. Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya. 1958.

De ordinario solemos juzgar a los hombres, por sus actos primeros. Y como José J. Bautista Merino Urrutia abrió paso a sus actividades de investigador, recogiendo homónimos y topónimos vascos en el valle de Ojacastro y reincidió en su actividad con amor de coleccionista, llega

mos a creer que Merino Urrutia era el hombre de un tema. Pero cuando uno siente vocación y regusto en el trabajo no puede limitarse a un tema ni siquiera a un solo campo de operaciones. Y, en efecto, José J. Baustista buscó otros temas dentro de su familiar valle riojano, y salió también de este ámbito para poner en juego sus actividades en la ría de Bilbao, donde reside. Y después de varios trabajos que acreditan que no deja de laborar allá donde esté, nos ofrece ahora estos "Apuntes para la Historia de Guecho" que, en realidad, son bastante más que unos simples apuntes aunque su modestia los haya calificado de tales. Es muy difícil hacer la historia de una anteiglesia porque las anteiglesias no tienen como las villas una personalidad concreta y tallada. Su historia se pierde en el espacio y en el tiempo por falta de perfiles definidos y de un ente jurídico recortado y preciso. Por eso su historia ha de ser un ambiente y una serie de hechos más o menos ligados entre sí. Merino Urrutia ha acertado en el enfoque y ha logrado darnos una visión panorámica de lo que fué la vieja anteiglesia de Guecho y de algunos de sus hechos, que necesariamente tienen que quedar así sin que sea fácil articularlos de otra manera. Luego vendrá la historia contemporánea, cuando la Anteiglesia al constituirse en ayuntamiento adquiere una personalidad definida y se hace sujeto de historia. Pero la historia vieja ha de quedar necesariamente en la que ha hecho Merino Urrutia aunque él, u otros que le sigan en el empeño, añadan nuevas facetas.

**M. C.-G.**

*JOSE DE ARTECHE. Saint-Cyran (De caracteriología vasca). Editorial Icharopena, Zarauz.*

Decía José María Iribarren, el gran escritor navarro cuyo próximo libro "apostólico" esperamos con ansiedad, que temía mucho que Arteché se suicidase literariamente al abordar el tema de la Vida de Jesús Y, sin embargo, esa vida vive lozana y hasta ha dado un vástago portugués. También ahora demuestra arrestos ese autor al abordar el tema de Saint-Cyran y, por las trazas, va a salir airoso de su empeño.

A Arteché le van bien las intimididades. Le va bien intimar con los personajes que crea o analiza, por una parte, y descubrir sus propias intimididades, por la otra. Ahora le ha tocado encararse con Saint-Cyran, aquel recio vasco que se contrapuso a otro, tan recio o más, y que se llamó Ignacio de Loyola.

Coge Arteché a Saint-Cyran y le hace afirmarse sobre sus pies o le hace tumbarse en decúbito o hasta le pone boca abajo. Todo para descubrir los claroscuros y los escorzos. Y no deja —no faltaba más— de recurrir a los diagnósticos sico-somáticos que son tan de su predilección cuanto no son de la mía, aunque convengo en que él tenga toda la razón que a mí me falte.

Se sale a veces de su personaje para tirar por elevación, porque la verdad es que escribe a dos espacios para que el lector llene por sí mismo las interlíneas. Claro está que, al tirar por elevación, tira preferentemente sobre la masa de que salió el "triste" reformador, masa a la que atribuye una condición de "cultivo" propicio para el desarrollo de gérmenes del tipo de Saint-Cyran. Es posible que aquí se le haya ido un poco la mano y haya incidido alguna vez en el error de dar co-

mo particularidades las que son generalidades. De todos modos su enfoque es generalmente certero.

No ha caído, sin embargo, en el achaque de entusiasmarse con su protagonista. Saint-Cyran aparece aquí como lo que fué: triste, deformado y deformador. Tuvo la soberbia de Lammenais, pero no tuvo la humildad de Lacordaire.

La Iglesia es ciertamente conservadora; pero es también reformadora. A nosotros nos toca desear las reformas, pero no nos toca imponerlas. Un concilio está a la vista. Dejémosnos llevar.

F. A.

JOSE MARIA IRIBARREN. *Adiciones al vocabulario navarro*. Pamplona, Institución "Príncipe de Viana", 1958.

José María Iribarren ha acometido empresas de muy distinto carácter en el campo de las letras y siempre le ha acompañado el éxito. En él se combinan, combinación tan afortunada como rara, un escritor vigoroso y un investigador metuculoso y preciso. Por lo que hace a su **Vocabulario navarro**, que tantos servicios ha prestado ya y tantos seguirá prestando en el futuro, bastará con recoger lo que de él ha dicho J. Corominas, crítico tan severo como competente: "Rico, con buenas definiciones y ejemplos, bien localizado, de primera mano: uno de los mejores diccionarios dialectales españoles."

Ahora nos llegan estas preciosas **Adiciones**, dedicadas a la Real Academia Española y a la Academia de la Lengua Vasca, que no desmerecen en nada, apenas tengo que decirlo, del **Vocabulario**. Es tanta su importancia para nuestros estudios que me decido a comentarlas brevemente, a pesar de que algún adjetivo notoriamente inexacto que en discordancia con su precisión de siempre se le ha escapado al autor casi me inhabilita para ello.

Iribarren ha decidido abrir la mano a los términos de origen vasco o pasados por el vasco, si así se puede decir: "Observará el lector — escribe en la introducción— que en estas **Adiciones** abundan los vasquismos. Me decidí a incluirlos, tratando de salvar las reliquias del viejo vascuence que se conservan hoy en zonas dominadas, entera o casi enteramente, por el castellano."

Su decisión me parece atinadísima, y creo que otros abundarán en mi opinión. Entra en esto un elemento que en cierto modo podríamos llamar egoísta: hay preciosos restos vascos, conservados sólo allí donde la lengua se ha perdido, que ahora se nos han hecho accesibles. Pero no es esto todo, ni siquiera lo principal. La realidad lingüística de Navarra es de lo más abigarrado sin que valgan a disimularlo ciertas simplificaciones expresas o tácitas: tanto de los que hablan de **Mouskaría**, mod. **Mosquera**, como de un antiguo nombre vasco, a pesar de tratarse de una formación transparentemente latina que ya comentó Humboldt, como de los que parecen pensar que la lengua de los documentos es el reflejo unívoco del habla. No me refiero sólo a los siglos bien documentados de la Edad Media en que el vascuence convive, en proporciones no bien estudiadas todavía según las zonas, con el romance navarro-aragonés, cada vez más impregnado de formas castellanas, y sin que falten conocidas penetraciones occitanas. Tampoco en los siglos an-

teriores debió reinar la uniformidad, ni mucho menos. Sin llegar a la posibilidad, apuntada por D. J. Gifford de que el vascuence constituya un superstrato en la Zona Media, mis andanzas por los valles orientales del Pirineo navarro han hecho cada vez más fuerte mi convicción de que allí, favorecido probablemente por la trashumancia, el romance tiene fuertes raíces antiguas, sin que eso signifique que el vascuence sea menos arraigado. No me parece en absoluto descabellada la opinión expresada por H. Lausberg, *ZRPh* 70, 126, a propósito de arag. **marguen**, **marguin**, de que en casos semejantes puede tratarse de la conservación no de un resto vasco, casualmente de origen latino, sino de muestras de un latín fonéticamente poco evolucionado que allí venía hablándose desde fecha antigua: "eine an Ort und Stelle seit **antiker** Zeit gesprochene (archaisch-baskennahe) **Latinität**." Vasco y un romance extremadamente arcaico en ciertos aspectos pudieron muy bien convivir en la comarca de Leire y en el cercano Aragón, en el país de los **Glaskiyun**, donde Lacarra ve un mayor fervor religioso y una clara influencia ultramontana y donde el vascuence ha conservado antiguallas como **dekuma**, **tekuma** "diezmo" y posiblemente el enigmático **atizatu** (**atxezatu**) "comulgado". Luego el viejo romance se iría desvirtuando a medida que sus formas iban siendo sustituidas por las más prestigiosas de las tierras bajas, como hoy vemos que los últimos residuos del aragonés pirenaico se están disolviendo como azúcar en agua en el castellano general.

No puede creerse que la etimología sirva para distinguir romance y vascuence cuando uno ve que en Isaba por ejemplo "hinojo" se dice **cenjo** en una lengua y **mullu** en la otra, aunque ambos términos proceden del lat. **feniculum** por caminos más o menos directos. Tampoco puede fiarse uno del sentimiento de los informadores, que muchas veces es vacilante. Lo mejor es, sin duda, recoger lo que se presenta, sin preocuparse mayormente de su origen y afiliación.

Me permito añadir unas breves notas a algunos de los artículos de estas **Adiciones** y del **Vocabulario**:

**Alchirria** (vid. **cirria**, **sirria**, **chirria** y Corominas, s. v. **sirle**). L. de Guereñu lo registra también en Álava y está ya atestiguado como apodo en doc. de Leire de 1193: **Eneco Alchirri** (J. M. Lacarra, **Vasconia medieval**, p. 36). Se trata con seguridad de un compuesto vasco cuyo primer elemento es **art-**, de **ardi** "oveja".

**Albar** y **coral**, también en Roncal. Mendigacha escribía en 1903 (**Euskera**, 1957, p. 129): **lerrak du bi gisatako materiala, biotzetik eramaiten du material bat baitu izena coral; eta kassaletik berze material bat baitu izena albar** "el pino tiene material (madera) de dos clases: por el corazón produce un material que se llama coral y por la corteza otro que se llama albar".

**Bojagal**. En Isaba **bojicar** "grupo de bojes".

**Bueno**. Encuentre **le hago buenos** "le abono" en partida correspondiente a 1760 en un libro de cuentas en J. Caro Baroja, **La vida rural de Vera del Bidasoa**, Madrid 1944, p. 35.

**Buruzagui**. En una ordenanza municipal de Lesaca halló Azkue (**Euskalerriaren Yakintza** I, p. 92) mención de los costeros "llamados en vascuence **isurburuzaguiac**".

**Ebrus**. Si no me equivoco mucho, en Ochagavía me daban **ebrus** como plural, singular **ebru**.

**Ispelco**, en vasco *ixpélko*, que parece un diminutivo de *ezipel* "boj". Traje una ramita de Isaba que don Tomás de Atauri ha tenido la amabilidad de identificar. Se trata del brusco, **Ruscus aculeatus**.

**Manchadera** "pesebrera". Es voz muy extendida en vascuence: en Rentería decimos **maja(d)era** y ya en Leizarraga (1571) se lee **mangadera** (Luc. 2, 16).

**Mordaza** "tenaza" también en Uztárroz.

**Nuncio** "celador, alguacil" que supongo será lo mismo que "pregonero" también en Roncal (Uztárroz y Vidángoz por lo menos). Aparece en la traducción vasca del Evangelio de San Mateo por Hualde Mayo.

**Sanmiguelada**. Por lo que veo en Santos A. García Larragueta, **El gran priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén**, Pamplona 1957, la fiesta de San Miguel era, junto con Nuestra Señora de Agosto y alguna otra, una de las fechas corrientes para el pago de los censos anuales y la renovación de los contratos de arrendamiento. Véase, entre otros muchos ejemplos, doc. número 441, II, p. 471 (año 1277).

**Sapo de agua** "sapo de gran tamaño" corresponde literalmente a **urapo** "sapo" que se lee en Lizarraga el de Elcano.

**Testavín**. Es posible que la etimología francesa que sugiere el autor sea correcta, pero dudo de que se trate de voz de introducción tan reciente. En Landuchio (1562) se lee "barrena, **tastauia**" y "barrenar, **tastauiaz çulo eguin**", es decir, **hacer un testavín**. Hay otras variantes vascas (**laxtabin**, etc.) y Merino Urrutia da, si no me equivoco (cito de memoria), **tastavín** "chico revoltoso" en Ojacastro.

**Testabarres** "despojo de leñas" en Ujué parece el vasco **zotzabar** id., compuesto de **zotz** "palillo" y **abar** "ramilla".

Hay alguna pequeña errata. En la p. 12 es **acara**, no **acarra**, "nar-do": incidentalmente, Lacoizqueta no lo da como voz directamente conocida por él, sino como tomada de Larramendi, del cual acaso sea invención. P. 23, **arguisegui** "tedero": ¿no será errata por **arguitegui**? P. 41, **burucagüey**: aunque nunca lo he oído, debe ser **burucagüey** (en ortografía vasca **burukagei**), pues puedo asegurar que **ustugüey** es **ustugüey** "fresno" (vasco **uxtugéi**) y el último miembro es el mismo en ambos casos. En la p. 181 **zita** "seta" es probablemente **ziza**: cf. aquí mismo **carduciza** "seta de cardo" y **urriciza** "seta de otoño. Léase **zumarica** en vez de **zumarrica** en la p. 182. En **Vocabulario** aparece **aparairu** "renacuajo" (Isaba), que es **apapairu**: en vasco he oído **apapéiru**.

Como el **Vocabulario navarro**, también este libro termina con unos apéndices: refranes y adagios, dichos y frases proverbiales, frases que dicen en los péscmes, comparativos y exagerativos. La magnífica cantera navarra ha encontrado en Iribarren un magnífico obrero.

L. M.

**ESTEBAN CALLE ITURRINO**. *Apuntes para la historia de Baracaldo*. Bilbao, 1959.

Tenemos aquí otros "Apuntes" para la historia de otra anteiglesia, la de Baracaldo, y tengo que dar por repetido lo dicho sobre la historia de las anteiglesias en la breve glosa a los "Apuntes" para la de Guecho, de Merino Urrutia.

Esteban Calle Iturrino, inspirado poeta e inquieto periodista, que es el autor de ésta, ha seguido un criterio distinto al de su compañero de la otra orilla. Calle Iturrino ha enfocado la historia de Baracaldo con la vista puesta en la Fábrica —dicho sea por antonomasia—, lo que constituye indudablemente un acierto pues la historia de Baracaldo ha sido, durante mucho tiempo, la historia de su Fábrica. Lo que acaso no sea tan certero es la proyección de la fábrica sobre la etimología del topónimo del lugar. Pero esto bien podemos dejarlo en una licencia de poeta a la que es obligado concederle un amplio margen. Mas esto aparte, Esteban Calle se adentra con valentía en antigüedades baracaldesas y partiendo de las viejas herrerías y las antiguas pequeñas fábricas, llega a la Gran Fábrica que tan poderosamente ha contribuido al desarrollo de Baracaldo y a la vitalidad de la ría vizcaína. Excelente periodista, Calle Iturrino, escribe con trazo firme y seguro y da a lo que cuenta viveza y calor poco comunes.

M. C.-G.

GERARDO LZ. DE GUERENU. *Voces alavesas*. Bilbao, Publicaciones de la Academia de la Lengua Vasca, 1958.

No es frecuente ni mucho menos que a uno le quepa la satisfacción de reseñar a la vez dos estudios lexicográficos como el nuevo libro de Iribarren y este que ahora comento, relativos a dos regiones próximas y unidas por tantos lazos de toda índole. Don Gerardo López de Guereñu (en rigor, hay que añadir padre) no necesita presentación dentro de nuestro País, en Alava y fuera de ella. No son pocos los trabajos que ha publicado ya, inspirados siempre en el amor tan ferviente como tácito a su tierra natal. Entre los que tienen interés para un lingüista recordaré las listas de nombres de lugar que con el título "Toponimia alavesa" han empezado a salir en *Anuario de Eusko-Folklore XVI* (1956) y cuya continuación esperamos no se vea retrasada, y su estudio "Mortuorios o despoblados" (de Alava), publicado en este BOLETIN (14, p. 135 ss.).

El Sr. López de Guereñu ha sabido siempre acotar con precisión el objeto de estudio, no sé si por modestia o por clarividencia: tal vez ambas cualidades, por distintas que parezcan, se confundan en el fondo en este terreno. Y, dentro del campo previamente limitado, ha buscado con paciencia y sin descanso. Finalmente, ha expuesto con orden y claridad, y sobre todo con la mayor objetividad posible, los resultados de sus indagaciones. *Voces alavesas* no es una excepción. No se ha enfrentado con los "grandes problemas": no le interesa por el momento el pasado lingüístico de Alava ni la procedencia de las palabras que registra. No se empeña en separar la paja del trigo ni el vascuence del romance: recoge lo que es alavés, de ayer o de hoy, sin más restricción que la habitual en diccionarios dialectales de indicar sólo aquello que se aparta o puede apartarse del castellano normal. Lo que es preciso subrayar es que su obra, precisamente por no estar viciada por teorías que hay que demostrar a toda costa, podrá servir de fundamento durante largo tiempo a especulaciones más ambiciosas. No es extraño, si bien se mira, que sea un industrial quien nos ofrece este modelo de probidad científica. Recoger materiales con meticulosidad y ofrecerlos a los interesados con orden y sin prejuicios es una de las tareas más distin-



guidas que en este mundo podemos acometer, si se hace como es debido. Un trabajo de esta clase hecho a conciencia es una posesión imprecadera (esto es lo que Ortega solía poner en griego), que además no se merma por muchos que sean los que la utilicen.

No tenemos datos seguros acerca del estado lingüístico de Alava antes de la época romana; sobran en cambio indicios para afirmar que durante el Imperio la romanización tuvo que ser muy intensa en buena parte de esa región, y no hay motivos para pensar que no afectara al lenguaje. Resquebrajado y hundido el Imperio, el latín retrocede con la administración romana. Así y todo, no parece que el vascuence llegara en ningún momento a ser la lengua dominante de la totalidad de Alava, aunque la zona de habla vasca la rebasara ampliamente por el Sur y por el Este. Luego, y éste es ya un proceso plenamente histórico del que no hace mucho tiempo se ha ocupado Odón de Apraiz, el vascuence ha ido retrocediendo hasta llegar a los límites señalados en el mapa de Bonaparte y a los de nuestros días.

Es natural que queden huellas de estas alternativas en el léxico alavés. En él se reconocen sin dificultad elementos vascos bien conservados o desfigurados, que no siempre se limitan a confirmar los datos recogidos en la zona actual de habla vasca sin que sirvan más que para esbozar su extensión antiguo, sino que a veces los completan de manera inesperada a causa del carácter arcaico bien conocido de las zonas marginales. De igual manera, lo mucho que hay de tradicional en el romance alavés lo diferencia totalmente del castellano descolorido por recientemente adquirido que se habla por ejemplo en Guipúzcoa. Aquí, aunque parezca una paradoja, tenemos que volvernos al vascuence para encontrar rastros de romance castizo.

Esto se sabía ya. Todos conocemos los trabajos de Baráibar y no hay que olvidar por pequeñas las valiosas notas de Fortunato Grandes sobre el léxico de Salvatierra. El Sr. López de Guereñu ha tenido siempre en cuenta las aportaciones de sus predecesores, pero no se ha contentado con compilarlas y volverlas a publicar. Ha buscado, directamente o por medio de corresponsales, en el habla viva y ha registrado archivos municipales y parroquiales. Precisa siempre y añade muchas veces. Por eso se puede afirmar sin ningún reparo que este libro representa un avance sustancial en el conocimiento del léxico alavés.

Sería inconveniente por muchas razones que me pusiera aquí a comentar detenidamente detalles que he creído interesantes, con lo que probablemente no mostraría otra cosa que la limitación de mis intereses. Para citar algún ejemplo, me han parecido curiosas por el valor o por la forma voces romances como **abriga** "caliente, abrigada", **anegado**, "seco, sin fruto", **atuendo** "desorden en la casa" (además de "aparajos que suelen llevar los burros"; para **atuendo**, véase últimamente A. Steiger, *Vox Romanica* 17, 1958, 19 ss.), **ballena** "aceite de ballena" (al contrario de lo que ha hucedido con **lumera** "grasa de pescado" de donde "ballena" en alguna zona de habla vasca), **berlo** "berro", **enteco** "extremidad de la cola del gato, la cual se le arranca con algunas fibras para que desarrolle; si no, se quedan **entecados** o arruinados", **escabo** "la parte más alta del lino", **escuerdo** "pozal de cuero para sacar agua de sal", **guadarape** "alero" (y **guardalape** "hueco entre el cabrio y el muro que lo sostiene"), **guirigayes** "aniversarios de difuntos", **juani-**

**cote** "juanete" (recuérdese que **Juanicote** es nombre bien atestiguado en Vasconia), **legra** "instrumento cortante, especie de gubia", **nirio** "color violáceo en la piel de las personas producido por un fuerte golpe o... sensación intensa de ahogo" (si procede de **nidio**), **piaga** (**piédaga**, **pre-dega**) "madera que se pone en las patas delanteras de los animales para dificultar su caminar", **porciga** (-o) "choza en el monte donde acostumbra dormir los cerdos", **silo** "sima, hoyo profundo en el terreno" (al parecer no actual), **zanabiza** "vegetal de flor amarilla, parecido a la mostaza". La -d- de **argudir** "mostrarse descontento de la opinión ajena, no queriendo llegar nunca a un acuerdo" (Contrasta), se repite en ronc. **argudi** "charlar", sul. **argüdia** "disputar" (Lhande), guip. **argudio**, **argurio** "disputa, argumento" (y "habla" entre otros sentidos, por ej. en los versos de José Zapirain: **Kastillamuen arguriyauk / neretzat ez-tu serbitzen**), etc. El alavés **risma** "señal con fuego que se hace a los perros en la cabeza para protegerlos de la rabia" y el verbo **rismar** (**rizmar**, **resmar**) parece coincidir con el nav. (Ochagavía) **resumar** "marcar con fuego a las ovejas" (Iribarren, **Añiciones**), acaso de origen vasco.

Entre el elemento vasco, generalmente términos compuestos, señalaré, para citar algún caso, **afalostes** "hogueras" (lit. "lo de después de la cena"), **agustay** "cierto arbusto", **aldico** "guarda" (lit. "el de la vez": cf. los compuestos **bazarr-**, **bacerraldico** y **gabaldico**), **arguizaguigari** "tributo que se pagaba anualmente para alumbrar al Santísimo" (lit. "trigo de cera"), **arteché** "cerca de piedra sin tejado para pernoctar las ovejas o para proceder a su ordeño" (que parece la respuesta a las oraciones de alguno de los que intervinieron en la discusión acerca del apellido **Arteche**), **aurrogui** "pan de ofrenda en el funeral", **bicarrós** "gemelos", **birgari** "sembrar dos años la misma semilla, etc." (lit. **re-trigo**), **bitarteco** "lindero, surco que separa dos fincas de distinto dueño" (cf. **chabitarte** "lugar donde se guarda la basura", lit. "espacio intermedio entre casas", es decir, **belena**, **benela**), **bizcazorro** "zurrón dispuesto de modo que pueda llevarse a la espalda a manera de mochila o cuévano", **burruncel** "especie de sartén" (cf. vasc. **burruntzali** y alavés **chali** "plato de madera que usan los carboneros", vasc. **zali** "cucharón"), **gantzategui** "lugar donde guardan los quesos en las cabañas de pastores", **gazura** "agua espumosa" (vasc. "el suero"), **iros** "trozo de leña completamente podrida y de fácil combustión", **italdico** "ayudante del boyero" (cf. **aldico**, arriba), **lantegui** (y **lantegai**) "lote de arbolado que se ha subastado para su explotación", **lupo** "salamandra, escorpión", **mandaburu** "renacuajo" (lit. "cabeza de mulo"), **marquiribil** "arco de hierro... que sirve para enganchar la vara al arado", **ofache** "eructo", **olbea** "arcos en paseo público", **ongarrilla** "seta" (cf. vasc. **ongarri** "abono, estiércol"), **orbe** "terreno sin cultivar" (cf. vasc. **orube** "solar"), **sori** "gran abceso de pus en los cerdos" (cf. vasc. **zori**, **zoli** "maduro, enconado"), **yategui** "señal que se hace a los animales, que consiste en verificar una cortada en forma de L en el extremo superior de la oreja", etc. El último término es sin duda el vasc. **laiategi**, que según Azkue es una marca semicircular y según Iztueta, **Condaira**, p. 221, una de las cinco clases de marcas que empleaban los pastores guipuzcoanos: **pitzatua**, **chuloa**, **urculla**, **laiateguia eta acatsa**. Son muy de notar las llamadas que repetían tres veces los pastores de Lagrán, conforme a un documento de 1726, copia de otro de 1569, para hacer su reclamo: **curdiac**, el

"corderizo", **mandua**, el pastor de los machos, **oquela**, el bueyerizo, **urdiac**, el pastor de los cerdos. Incidentalmente, la primera parece a todas luces que debe ser **ardiac**: probablemente hay error en la copia del siglo XVIII.

No extrañará encontrar formas alteradas, que generalmente se pueden reconocer: **balsamica** "arrendajo" es de **basa-** (lit. "urraca salvaje"), como **pasacapón** "ave rapaz de gran tamaño"; **belurdin** "seta comestible" es vasc. **gibelurdin**; **ganchori** (-churi) "murciélago" es **gautxori**; **gurpila** (or-, ur-), es **egur-** "montón de leña"; **miragustán** "señal en la oreja de los animales... en forma de U" es **mirubuztan** "cola de milano"; **zataines**, **zutañas** "pies derechos" es **zutoin** "poste".

Como en otra ocasión he sugerido que el vocabulario de Landuchio puede haber sido compuesto en Alava, señalaré que **zi(s)pi** "ponzoña" de ese léxico parece corresponder a alavés **cispi** "lengua de la culebra" (Contrasta, Araya, Quintana), que presenta otras dos variantes, difíciles de explicar: **grispi** en Pipaón y **respe** en Uzuquiano y Astulez. También **buxoa**, **errexala** "box, árbol" en Landuchio concuerda con alav. ant. **bujo**. Y, puesto que he mencionado **errexal** "árbol", atestiguado repetidas veces en ese vocabulario pero no que yo sepa fuera de él, se me permitirá añadir que tiene todo el aspecto de ser un préstamo: la forma castellana moderna que le correspondería sería naturalmente **rejal** que en Santa Cruz de Campezo es "hendidura en las ramas del haya que conduce el agua de lluvia hasta el **caucu**". Por su parte este **caucu**, escrito también así en la pág. 183, pero **cauco** en la pág. 50, "pequeño hoyo que se abre en algunas hayas para que conserven el agua de lluvia en parajes que carecen de manantiales" (var. **canco**), tiene todo el aspecto de ser la forma antigua, no disimilada, de vasc. **kaiku** "cuenco, cuenco o tazón de madera".

**Voces alavesas** resulta además muy manejable porque el autor ha tenido el gran acierto de añadirle un apéndice en que se ordenan las variadas designaciones que reciben o han recibido en Alava 233 conceptos. Otro complemento valioso es la lista de los apodos que tienen los vecinos de los distintos pueblos alaveses con una pequeña muestra de sobrenombres personales modernos y antiguos (entre éstos **Santurun** es sencillamente un nombre, < **Sanctorum**, correspondiente al actual **Santos**). Creo que valdría la pena de que el autor se decidiera un día a publicar los apodos personales que tiene recogidos.

Las erratas son en general fáciles de corregir: léase **Sonchus arvensis** s. v. **carduguera** y una **clase de azor** s. v. **raparte**. En cuanto al sentido de algunas voces tomadas de documentos, **aborno** tendrá el valor de cast. **alborno**, **alborno**, del cual es variante, y no sé si **tresnar** no significará más bien "aparejar" que "restregar, limpiar las acémilas"; **azdre** "cierto árbol" en doc. de 1594 acaso sea \***azdre** por **azre**, de donde el mod. **arce**. En **tremesqui** entra claramente el sufijo vasco **-ki**: **tremes** corresponderá por el sentido al vasc. ("comuña, ban bazo" y también "pan de maíz sin levadura") o al cast. (**trigo**) **tremés**, **tremesino**. Por lo que respecta a **uncha** (siglo XVIII), **ch** puede muy bien representar el sonido **k**, como en **banchillo** "banquillo": cf. vasc. **gonga**, **gonka**, **onka**, **unga** "robo, medida de granos", del lat. **concha**.

A veces se tiene la impresión de que no se ha señalado con preci-

sión la posición del acento en palabras modernas, lo que produce una cierta inseguridad: ¿se dice, p. ej., **belúrdin** o **belurdín**?

Hay que felicitar a la Academia de la Lengua Vasca por la amplitud de miras de que ha dado muestra al publicar este vocabulario. La actividad científica es un campo donde la colaboración es necesidad más que virtud y donde las aspiraciones autárquicas no producen otro fruto que la esterilidad.

L. M.

*LICENCIADO POZA. Antigua Lengua de las Españas. Edición de Angel Rodríguez Herrero. Minotauro. Madrid, 1959.*

El libro de Poza estaba reclamando una tercera edición. Oro molido la primera y aguja en un pajar la segunda, nuestros bibliófilos estaban ansiosos de poseer una que fuese asequible.

Y aquí está el libro de Poza y bien servido por los buenos oficios de Angel Rodríguez Herrero que ha puesto en el empeño toda su celante meticulosidad y todo su buen arte de forjar índices. El texto, a pesar de no ser facsímil, aparece como si lo fuera, porque se ha trasladado letra por letra la primera edición hasta el punto de relacionar el paso de páginas. Una buena labor.

Parece este lugar a propósito para señalar que, según consta en cierto memorial procedente de Simancas y que se conserva en copia no fechada en la Biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa, una doña Antonia de Olaeta, viuda del Licenciado Poza, alega que su finado marido se había empleado en el real servicio durante algunos años en los estados de Flandes y que no había percibido por ello cantidad alguna y que además se le debían determinados derechos por el ejercicio de su cargo de Corregidor de Illescas. ¿Se identifica ese Licenciado con el nuestro? La circunstancia común del apellido, la licenciatura, la residencia en Flandes y hasta el apellido vasco de la mujer, parecen abonarlo. Tendríamos en ese caso una pequeña ampliación de la biografía de Poza, al saber que se casó con una Olaeta y que fué Corregidor de Illescas. La clave definitiva nos la podría haber dado el conocimiento del segundo apellido del jesuita escritor, Juan de Poza, apellido que no he llegado a conocer a pesar de mis esfuerzos.

F. A.

*MARIANO ESTORNES LASA. Oro del Ezka. Editorial Icharopena. Zarauz, 1958.*

En este libro de Mariano Estornés hay efectivamente mucho oro decantado en el Ezka en forma de costumbrismo directamente observado; de folklore, en fin, decorosamente tratado.

Aquellas formas de conocimiento geográfico humano elaboradas en el trato íntimo de una familia típica, tienen acomodo muy cumplido en las páginas de este libro. Pero, si bien es cierto que el método es riguroso, no por ello se ha de entender que se trata de un libro técnico. La forma empleada ha sido la novelesca —poco de novela, ciertamente—, sin duda para amenizar las descripciones y para captar masas de lectores.

Lo poco que tiene el libro de novela es, sin embargo, suficiente para engañar noblemente al lector e invitarle a que se entrañe dentro de él con la seguridad de que saldrá sabiendo del Roncal y de sus hombres más que si hubiese revisado tratados de indigesta lectura.

Bien merece esa deliciosa región, conservadora de su pátina racial y guardadora de escasas, pero ricas, reliquias de su arcaico fondo lingüístico vasco, que se le exalte y se le ofrezca a la masa lectora en "país" de abanico. Eso es lo que se ha propuesto y lo que ha logrado su autor con este libro.

Esperamos que en sucesivas ediciones salga el libro aligerado de las erratas que en esta primera edición han escapado abundantemente al cernido del tamiz.

F. A.

*MANUEL PALOMAR LAPESA. La onomástica personal pre-latina de la antigua Lusitania. Estudio lingüístico. Salamanca (Theses et studia philologica Salmanticensia, X), 1957.*

Esta tesis doctoral del Sr. Palomar Lapesa, bien conocido ya por trabajos más breves, constituye una valiosísima aportación al estudio de la onomástica antigua de la Península y, además de eso, al conocimiento de las lenguas hispánicas antiguas. No es, por otra parte, una obra aislada y que acaso no tenga continuación. Los que no estén en antecedentes leerán con la mayor satisfacción lo que a este propósito escribe el prof. Tovar en su breve prólogo: "Por lo demás, quizá lo que más anima en la publicación de esta tesis es poder presentarla como la primera parte de un estudio sistemático, realizado en equipo, y que tendrá por resultado un completo análisis de la onomástica primitiva de nuestra Península. Es gracias al trabajo de varios cursos en el Seminario de Latín como esta Universidad cuenta con un valiosísimo archivo de inscripciones latinas que casi duplica los materiales publicados en los dos volúmenes del **CIL** dedicados a España. El señor Palomar Lapesa continuó trabajando y ampliando estos materiales, como antes lo hicieron otros profesores y estudiantes del Seminario, y como todavía lo seguirán haciendo otros... Esperamos que nuevas tesis, alguna de ellas ya en curso de realización, completen el trabajo del señor Palomar Lapesa, que abre, me atrevo a decir que brillantemente, el camino". Hoy, como esta magnífica obra colectiva no se ha interrumpido, cabe esperar que trabajos análogos ya completados no tardarán en ver la luz pública.

El plan del libro es muy sencillo. Tras una breve nota preliminar y el índice de abreviaciones bibliográficas, viene una introducción también corta en la que se examinan las notas diferenciales de la onomástica personal en relación con la toponimia y se resumen las fuentes y las investigaciones anteriores. La "Enumeración y estudio de los nombres" constituye la parte central y principal del libro (págs. 21-113): los nombres dispuestos por orden alfabético van seguidos de la indicación de las fuentes en que están atestiguados en Lusitania, de notas sobre su difusión en otros países, de la mención de nombres con los cuales pudieran estar emparentados y finalmente, en los casos favorables, se trata de adscribirlos a una raíz o a un tema indoeuropeo para

fijar su etimología. En los casos dudosos, se tiene la impresión de que la preferencia que se concede a alguna de las lecturas en disputa se basa más en consideraciones comparativas que en la inspección directa de los epígrafes: tal vez esto último, aunque no se dice expresamente, no fuera posible en todos los casos. De todos modos, el carácter exhaustivo de esta compilación merece los mayores elogios.

La última parte, seguida de índices muy completos, es el estudio lingüístico de los antropónimos: comprende un capítulo dedicado a composición, derivación y morfología y otro a fonética. Este examen general lo ha realizado el autor con tacto y competencia, pero, por razones evidentes, es aquí, y en las etimologías que sirven de fundamento, donde las opiniones del autor, precisamente por tratarse de materia opinable y no de hechos en bruto, no serán aceptadas siempre y por todos. Perfectamente consciente del escaso valor de los datos onomásticos para servir de base firme a los juicios —aunque este material sea precioso a falta de otro—, me permitiré presentar algunas observaciones críticas, unas de alcance general y otras sobre detalles.

No sé si el autor afirma categóricamente en algún lugar que la lengua (o dialectos o lenguas) hablada en la zona considerada con anterioridad a su completa romanización era una lengua céltica, pero parece sostenerlo implícitamente, ya que el celta común o las lenguas célticas o la onomástica personal de países de habla céltica son los elementos que aduce siempre con preferencia en la comparación. Ahora bien, si le es permitido a uno dar su opinión sin ser estrictamente un especialista, tendré que decir que por mi parte no veo en el material presentado razones decisivas que abonen esa opinión. Estos nombres personales tienen, a mi modo de ver, un cierto aire indoeuropeo (la escasez de los compuestos, mencionada por el autor, p. 115 s., contribuye a que la semejanza no sea muy precisa), pero, dentro de este aire de familia, los nombres son muy poco característicos o, como dirían los médicos, atípicos. Tal vez sea que yo no he sabido verlo. Pero, si nos atenemos a la forma, lo que hace que consideremos célticos nombres como **Blatomagus**, **Dumnorix**, **Vercassinellaunus**, etc., son ciertas particularidades de la evolución fonética que en su conjunto diferencian las lenguas célticas de las otras lenguas i.-e. (paso de *e*, *o* —en sílaba no final— largas a *i*, *a* largas; pérdida de *p* en las posiciones de máxima frecuencia, etc.), que aquí no acierto a reconocer con seguridad. Es posible que, como quiere el autor, en **Vramus**, **Vritius**, etc., tengamos una reducción del prefijo **wer-**, **wor-** (de \**uper-*), pero la segmentación que propone no es más que una de las varias posibles: una duda de esta clase es imposible, sin embargo, ante ejemplos como **Cingetorix** : **Vercingetorix** y otros que se podrían encontrar sin mayor trabajo en la onomástica gala. Un nombre de población como **Kaitóbriks** en la misma Lusitania o el personal **TeiuoreiCis** en el bronce de Luzaga me parece que tienen más apariencia céltica que cualquiera de los nombres aquí estudiados. Incidentalmente, una vez que el autor tenía ocasión de poner de relieve un rasgo céltico (*ri* de *r* vocal) la ha desaprovechado, pues cuando deriva **Brit(1)0** de i.-e. \**bher-* (etimología por lo demás no muy compulsiva) piensa en una ampliación **-it-**, con remisión a Pokorny, **IEW**, p. 130, donde para irl. **breth**, gal. **bryd**, etc., se parte, como es normal de \**bhrt-*

También me sorprende la divergencia de los tratamientos fonéticos

que se suponen y que no se tratan de poner en relación, que yo me haya dado cuenta, con una diversidad lingüística. El diptongo \***eu** aparece continuado por **au**, fenómeno "extraño al céltico, siendo en cambio regular en germánico y báltico" (esto parece referirse a i.-e. \***eu** y no a \***ou**, como se pensaría), por **ou**, "normal en galo", por **u** como en británico; el diptongo **ou**, precedente o no de \***eu**, puede también reducirse a **o**, "solución común al galo y al irlandés", y a **u** por solución "semejante a la del británico, donde **ou** ha dado **u**" (p. 137 s.). Son, repito, demasiados tratamientos divergentes para que no se haya de buscar la razón de la divergencia. Se objetará que la lengua viva está lejos de adaptarse a la rigidez de los esquemas neogramáticos: con todo, estos esquemas, más o menos afinados y perfeccionados, se siguen empleando **sin excepción** dondequiera que se haga comparación, lo que prueba que no están privados de valor práctico. Será, pues, natural que también en Lusitania preguntemos por las causas de las diferencias y por su distribución en el espacio y en el tiempo. Hay que añadir además, para volver al ejemplo citado, que, aun prescindiendo de que lo que en galés por ej. se escribe **u** no se pronuncia como esp. **u**, no hay motivo para pensar que la cantidad vocálica no fuera pertinente en la lengua indígena: aunque evidentemente no la señalan las inscripciones, hay que extrapolarla en un estudio lingüístico.

Un factor perturbador en los hechos que examinamos salta a la vista. No hay que olvidar, aunque le cueste un esfuerzo al lector, que estos nombres no son (con la única excepción, creo, del epígrafe de Lamas de Moledo) más que briznas perdidas que sobrenadan en un mar de lengua latina y alguna vez griega. Además de ser incoloros y poco típicos, además de ser volanderos por naturaleza, como el autor acertadamente subraya, están sacados de su contexto e incrustados en organismos extraños. Si queremos llegar a ver los hechos trabados en un sistema, no nos bastará con saber cómo se comportaban los sonidos indígenas unos con otros, sino que habrá que tratar de concebir además cuál era su posición con respecto al sistema fonológico latino y en menor grado al griego. Si constatamos cambios en nuestros nombres, hay que tratar de determinar si el cambio se ha cumplido dentro o fuera del latín. ¿Es concebible, pongamos por caso, que historiadores griegos de cierta época, o sus copistas o bien lapicidas latinos representaran por **au** (o por **o** o por **u**) un diptongo indígena **ou**? ¿En qué medida afectaba la sonorización y caída de oclusivas que en ciertas posiciones parecen mostrar los nombres indígenas a la pronunciación del latín hablado en Lusitania? (1). Estas y otras muchas preguntas que podrían hacerse son ciertamente más fáciles de formular que de contestar, como ocurre siempre, pero tampoco pueden dejarse de lado, por incómodas que resulten (2). Por eso es justo consignar que el autor tiene en cuenta el la-

(1) Recientemente repite antiguas dudas sobre el valor de los ejemplos tempranos de sonorización en palabras latinas Harald Weinreich, *Phonologische Studien zur romanischen Sprachgeschichte*, 1958. p. 125 ss.

(2) Un ensayo en el que se tratan de resolver los problemas de conjunto que plantean materiales análogos es el de Calvert Watkins, "The Phonemics of Gaulish. The Dialect of Narbonensis", *Language* 31 (1955), 9 ss.

tín para la confusión de **-b-** y **-v-** (pero la confusión de **-p-** y **-v-** sería mucho más difícil de documentar), de **-e-** y **-i-** ante vocal (p. 139 s.), etc.

A mi entender este estudio padece de no haber concedido suficiente atención a la cronología. Esta es decisiva no sólo porque algunos de los procesos estudiados han tenido que progresar con el tiempo dentro de la lengua indígena, sino además porque el acontecimiento decisivo, la romanización con el abandono de la antigua lengua, tiene que ser considerado en función de la fecha más o menos avanzada. Parece, por otra parte, que el material utilizado no era inapropiado en este sentido, ya que una parte de las inscripciones podrá ser fechada por razones internas o externas. Imprecisiones en la cronología se notan también en las consideraciones generales. Así se nos dice que una pronunciación fricativa de **\*p** "corresponde a un período primitivo en la historia de las lenguas célticas" (p. 140), lo mismo que la conservación de la labiovelar sorda indoeuropea (p. 144). Sin embargo, lo primero es un estadio puramente prehistórico, si no me equivoco, que se postula para explicar la situación histórica, es decir, la representación de **\*p** por cero en varios contextos dentro de las lenguas célticas conocidas (ya que no parece fundada la opinión de Pedersen que ve en irl. ant. **h-** la continuación de la antigua oclusiva), mientras que todavía la escritura oghámica tiene un signo **q** distinto del que se translitera por **c**.

Unas observaciones de detalle para terminar. No es evidente que vasc. **andere** "señora" (aquit. **Andere**, etc.), sea un préstamo céltico: la relación puede ser la misma que la de vasc. **adar** "cuerno", irl. medio **adarc** id., etc. (vid. J. Pokorny, "Zur Herkunft von gall. **\*anderos** "Fueurbock", **ZRPh** 68, 418 ss. y J. Whatmough, **Language** 27, 573). Tampoco está probado que vasc. **(h)artz** sea de origen céltico, lo que no quiere decir que no sea de procedencia i.-e.: lo mismo si explicamos gr. **-kt-**, lat. **-(c)s-**, etc., como reflejos de un fonema o de un grupo de fonemas prehistóricos que si pensamos en distintas ampliaciones (**-t-** y **-s-**), salta a la vista que el consonantismo del término vasco está más cerca del latino que del griego o, lo que es lo mismo, del céltico.

No sé qué valor puede tener el lat. **astur** "azor" (s. **Asturi**) cuando Ernout-Meillet, **DELL**, s. v. **accipiter** y **astur**, tan dignos de fe en cuestiones filológicas, afirman que sólo aparece en la ed. de 1551 de Firmico y falta tanto en los mss. conocidos como en la **editio princeps**.

Creo que hay un descuido en la traducción de irl. **sail** (s. **Sailcius**): para irl. ant. **sail**, gen. **sailech** (más tarde también **salach**), mod. **sail**, gen. **salach**, **saileach** no encuentro más traducción que "willow, salix".

Es difícil que **Sosumus** se relacione con ib. **Sosimilos**, puesto que el último nombre está seguramente —en la medida que estas cosas se pueden asegurar— compuesto de dos de los segmentos que mejor se pueden identificar en los nombres ibéricos: **sosin** y **bilos**. Claro que queda abierta la cuestión de la relación entre ib. **sosin** y celt. **sosin** que se ha solido interpretar como demostrativo; acaso no haya más que una coincidencia formal debida a pura casualidad.

En la pág. 115 escribe el autor: "En estos nombres el tipo de composición es el usual en indoeuropeo (complemento + nombre) y no el llamado "ibérico" por Schuchardt... (nombre + complemento), que es el empleado en español, portugués y vasco y del que, sin duda como



fenómeno de substrato, hay también casos en céltico". Es fácil de probar que, si el vasco hubiera de ser clasificado a este respecto, habría que colocarlo con las lenguas indoeuropeas antiguas y muchas modernas y no con las románicas; en esta lengua la composición sigue siendo un procedimiento vivo de formación de palabras y uno de los más productivos, los compuestos son de tipos semejantes a los indoeuropeos y el orden normal es complemento + nombre. La afirmación de Tovar, *Estudios*, p. 189, se limitaba a los compuestos formados de sustantivo más adjetivo donde efectivamente el vasco dice **Iriberry, Uribarri**, frente a **Neápolis, Neuburg, Novgorod**, etc., como **Pennouindos**, iri. **cenand** (vasc. guip. **kaxkaxuri**).

No trato con estas indicaciones críticas, quizá demasiado prolijas, de disminuir el valor del libro del señor Palomar Lapesa que es, me complace en repetirlo, una aportación de primer orden. Pero los problemas que presentan las lenguas hispánicas antiguas son tantos y tan embrollados, los puntos en que podemos sentar el pie con razonable seguridad son tan escasos, que no estará de más que tratemos de extremar el rigor en todo momento. Mi único deseo es que estas líneas contribuyan a la labor de precisión indispensable, aun cuando no sea más que en la medida más insignificante.

L. M.

*FERNANDO DE CASTRO PIRES DE LIMA. A mulher vestida de homem. (Contribuição para o estudo do romance "A Donzela que vai à Guerra)". Coleção Cultura e Recreio. Gabinete de Etnografia. Coimbra Editora, Limitada. Coimbra.*

Exige de nosotros un comentario este estudio del ilustre polígrafo portugués que, en cierto modo, por lo menos en una determinada dirección, al margen de lo somático, plantea a los futuros biógrafos de nuestra doña Catalina de Erauso, la necesidad de un ensayo analógico que no ha sido intentado hasta ahora. Desde luego, el libro de don Fernando de Castro Pires de Lima contiene una larga alusión a la Monja Alférez en parangón con la apasionante figura de Antonia Rodrigues, la honesta heroína portuguesa que aquél principalmente estudia en su trabajo.

Asombra en este libro comprobar la fabulosa producción del cancionero de Portugal, un país que nació temprano para la poesía, una poesía objetiva en medio de todo, aun y teniendo en cuenta la extraordinaria facilidad de vuelo lírico poseído por el idioma portugués, adoptado por nuestro Alfonso X como lengua culta. Siempre floreció en Portugal una espontánea floración de literatura popular no escrita. Este libro es palpable prueba de ello.

"Senhor Pay, Senhora Mãy,

"Grande dôr de coração

"Por que os olhos de Dom Marcos

"São de Mulher, d'Homen não

El doctor Pires de Lima se complace en anotar, con paciencia y amor de erudito, las infinitas variantes del romance "A Donzela que vai à Guerra", objeto de su trabajo. Pero no solamente estudia el romance

dentro de su patria, sino que sigue el rastro de todas sus posibles correspondencias fuera de ella, y así como se detiene el espacio requerido en nuestra varonil Doña Catalina, verifica, por ejemplo, que un fragmento análogo al romance portugués, aparece en el valle bearnés de Ossau, y otras diversas analogías en la Italia alta o en diferentes puntos de Francia meridional.

El doctor Pires de Lima concluye que el romance que canta el glorioso episodio de la famosa y hermosa Antonia Rodrigues, aunque en su origen, en plena Edad Media, posiblemente sea originario de tierras de Castilla, se modificó y adaptó al sentir lusitano como cosa la más natural y propia, hasta el punto de ser hoy considerado como una de las cien mejores poesías de la lengua portuguesa.

J. A.

*MAIRIN MITCHELL. La Odisea de Acurio.* Luis de Caralt, Editor. Barcelona.

Juan de Acurio, el silencioso contramaestre de la nao "Victoria", sirve a Mairin Mitchell para un sugestivo relato novelado de la primera vuelta al mundo por la expedición Magallanes-Elcano. De Acurio, el joven marino bermeano, poco más sabemos que su nota de inscripción al tiempo de enrolarse para la aventurada empresa: "**Contramaestre, hijo de Juan Pérez de Acurio y doña Marina de Berriz, vecinos de Bermeo...**" El tipo ideal para una trama novelada. La ilustre escritora anglo-irlandesa traspone el Bermeo actual, intensa y largamente vivido y minuciosamente anotado, al Bermeo del tiempo de la preparación de la Armada magallánica. La adecuación de los tipos, sorprendidos en su manera más natural de producirse, es verdaderamente notable, como es notable asimismo la habilidad de la escritora manejando el contraste.

Mairin Mitchell imagina a Juan de Acurio como un tipo individualista, tocado por la curiosidad intelectual, hijo de una mansión donde existía una impresionante colección de libros y exóticos tesoros ultramarinos que excitaron su imaginación juvenil, favoreciendo el impulso para el gran viaje.

Un agilísimo salto desde Bermeo a Oporto, por mar, se entiende, coloca al lector ante la figura de Fernando de Magallanes. El resto es fácilmente adivinable para quien tenga alguna memoria del fabuloso periplo. Solamente hay que subrayar el gran acierto de la escritora al colocar en los lugares más impensados, juntamente con personajes de rigor histórico incuestionable —los Isasaga, los Ibarrola— a otros entes de novela, un pretexto para explayarse en sagaces adivinaciones acerca de la psicología vasca. La novela termina también en Bermeo, ante el altar de Santa Eufemia, con la bendición nupcial de Juan de Acurio y María de Lasarte, novelada prolongación para el héroe de la madre perdida durante la larga navegación. Pero entre el Bermeo del comienzo y el Bermeo del final está toda la redondez de la tierra. Y es un placer realizar el gran viaje llevando al lado a una especialista de la categoría de Mairin Mitchell.

J. A.

W. VON HUMBOLDT. *Primitivos pobladores de España y lengua vasca*. Ediciones Minotauro. Madrid, 1959.

Ediciones Minotauro ofrece en su Biblioteca vasca una nueva edición de la obra de Guillermo de Humboldt que tanto ha pesado desde su primera aparición en 1821 en los estudios relativos a las lenguas hispánicas antiguas y a la lengua vasca. A su director, don Francisco Echebarría, se debe la nueva traducción, muy cuidada, que corrige en algunos lugares las durezas de la versión de Aranzadi, publicada en la **RIEV** y reunida luego en volumen separado, por otra parte muy meticolosa y precisa. La traducción va precedida de un prólogo del eminente romanista Arnald Steiger y seguida de índices completos de nombres de lugar y persona y de voces y sufijos.

No caeré ahora en la ingenuidad imperdonable de presentar a Guillermo de Humboldt y su **Prüfung**. De su interés por las cosas vascas —que, a pesar de lo variado de los objetos que retenían su atención, le llevó a un estudio detenido y profundo— se han ocupado muchos y en primer lugar el Dr. Garate. Ya entonces le presentaba como modelo un auténtico hombre de ciencia español, Hervás y Panduro: "Un exemplo que yo desearia imitasen estos sabios [españoles], les propongo en el literato señor barón de Humboldt, ministro del rey de Prusia en esta corte romana: éste, viajando, se detuvo en Vizcaya hasta aprender el vascuence, del qual, como también del dialecto labortano que se habla por los vascongados de Francia, ha escrito diccionarios de que ventajosamente me he servido al fin del presente tomo (**Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas** V, p. 220).

Para quien se interese por la historia de la lingüística, y más si sus preferencias van por la lingüística vasca, el libro sigue siendo apasionante. Las conclusiones de Humboldt se parecen a las de Larramendi y Hervás de una manera asombrosa, como ha dicho J. Caro Baroja, aunque mucho más a las de Hervás que a las de Larramendi: algunas de sus aproximaciones se encuentran ya seguramente en Garibay, Poza o Echave. Y, sin embargo, cuando llegamos a Humboldt pasando por sus contemporáneos vascos Astarloa y Moguel, parece que entramos en un mundo distinto. Aparte de que el patriotismo no le llevaba a escribir **ad probandum**, hay en él otro rigor y una gran preocupación por las cuestiones básicas de método. Sólo puede compararse Hervás, y Humboldt le superaba en la profundidad de los conocimientos lingüísticos, ya que no en la amplitud: en lo que respecta al vascuence, Hervás, demasiado dependiente de Larramendi, queda muy por debajo.

Mis aficiones me han llevado siempre a los principios metódicos antes que a especulaciones sobre materias más altas, pero también menos aprehensibles. En este libro encuentro poco o nada sobre forma interna y externa o sobre el lenguaje como **enérgεια**, no como **érgon**, y otras formulaciones generales de las que tanto se han ocupado los comentaristas de nuestro autor. Encuentro, en cambio, mucho que aun hoy en día tiene interés acerca de la técnica de la comparación por ejemplo.

Véase, por citar algún caso, la prioridad que concede a la forma sobre el sentido en la comparación (p. 22 s.): "Se puede con seguridad admitir que en la base de un idioma hay un número de sonidos sencillos de los que procede en ulterior desarrollo por adición externa o cam-

bios operados en el interior una cantidad mucho mayor de palabras derivadas. Las primeras, que llamamos raíces, están con las otras en una doble vinculación: en la material del parentesco de las letras y la analogía de la derivación, y en la ideal del significado. El último es, por su naturaleza, indeterminado y necesita a cada paso deducirse por lo primero; sin el amparo de éste no hay garantía de que se le haya reconocido con exactitud." Sobre el arcaísmo de las áreas laterales (p. 207, nota 43): "Este caso frecuente de que este diccionario [el de S. Pouvreaul escrito en dialecto labortano traiga palabras que Astarloa, que se sirve del vizcaíno, nos comunica y que faltan en el **Diccionario** de Larra-mendi, fundado en el dialecto guipuzcoano, demuestra que, como yo también oí a menudo en el país, los dialectos de los lugares más apartados son más semejantes en el uso de algunas palabras no corrientes en general, que no los más próximos..." Léase también lo que escribe (p. 195 s.) acerca de las formas verbales pluripersonales y unipersonales: las diferencias (entre **diot** y **se lo he**, por ejemplo) le parecen basadas a menudo en la simple división en palabras.

Es importante también la utilización sistemática de criterios fonéticos en la comparación (p. 32 ss.): hoy que conocemos mucho mejor que él el sistema fonológico del ibérico, aunque no tan bien como fuera menester, sigue siendo sorprendente su semejanza con el del protovasco, no sólo en las unidades, sino también en sus posibilidades combinatorias. En Humboldt es encuentra ya la afirmación de europeísmo que hace ahora Tovar: "Volviendo de nuevo a la lengua vasca..., se deduce claramente, me parece a mí, que dicha lengua es puramente europea y a la verdad una de las más arcaicas; y, si se me permite usar esta expresión, la primitiva de nuestra parte del mundo. No pertenece a ningún grupo de pueblos aislado, desgajado de lejanos continentes, sino a un antiguo tronco de pueblos, ampliamente esparcidos, íntimamente entrelazados en los primitivos destinos de la Europa occidental" (página 193).

Es curioso que ya Humboldt sintiera la impresión, que después hemos sentido otros, de que es la Bética la región de la Hispania antigua donde los nombres de lugar tienen mayor aire vasco, aunque esa impresión nos parezca hoy más difícil de concretar y probar: "La frecuencia de los más auténticos y primitivos sonidos en los nombres de esta provincia —escribe en la p. 146— apenas deja lugar a duda posible de que el dialecto tudertano era el mismo, o por lo menos muy semejante al actual vasco." Y, aunque en su tiempo no se podían leer las inscripciones en alfabeto indígena, no dejó de expresar su sospecha, hoy probada, de que no era una sola la lengua en ellas representada: "En una cosa y la otra no se ha de olvidar, sin embargo, que se tienen ante sí muy muy probablemente inscripciones en idiomas muy diferentes: vasco, púnico y celta." (p. 201). Es evidente que, si Schuchardt hubiera tenido esto en cuenta, habría reconocido, aun con lo defectuoso de las lecturas de su tiempo, una diversidad que hoy es evidente.

A pesar de tantos aciertos, no es mucho lo que queda hoy en pie de sus explicaciones de nombres antiguos de lugar y de persona por medio de la lengua vasca. El prof. Steiger ha visto claramente la razón: "Es cierto que, a pesar de la clara exposición de los principios metódicos, queda aún torpe la técnica." Le faltaba el saber práctico, el "saber hacer" distinto del saber a secas, que hoy adquirimos —o al menos po-

demos adquirir— sin gran trabajo gracias a la experiencia trabajosamente ganada por tantos grandes investigadores venidos detrás de él y a la suya misma. En este sentido, sus errores, como los de todo el que se afana con toda su capacidad y todos sus medios en buscar la verdad, no han sido estériles.

Un detalle que es posiblemente una errata: "Estaban de todo punto —se lee en la p. 175— sobre todo grado de cultura..." No tengo a mano el original, pero parece evidente que debe leerse **sobre otro grado de cultura**, como tradujo Aranzadi. El segundo **todo** ha debido ser introducido a causa del que le precede a poca distancia.

L. M.